



nuevas circunstancias. Y este cambio traerá como consecuencia la jubilación forzosa y anticipada de tantos veteranos de viejos tiempos gloriosos, entrenados en operaciones de intoxicación y revuelta, por un lado, o de control y neutralización, por el otro.

Memorias de un veterano

Forsyth, dando una vez más muestras de su inteligencia y capacidad fabuladora ha tomado en su última novela buena nota de todos estos detalles, creando un nuevo personaje, al que llama «El Manipulador», perfectamente asimilado a las circunstancias actuales. El citado «Manipulador» ocupaba hacia 1983, antes de la «perestroika» de Gorbachov, un alto cargo dentro del espionaje británico que desempeñaba con eficacia y sagacidad. Sin embargo, fue «licenciado» en 1990 en vista de los cambios políticos operados en la Europa del Este y en la URSS. Pero el agente, antes de presentar su forzada dimisión, exige que se celebre una asamblea con el fin de exponer en ella las misiones desarrolladas por él durante los últimos años y señalar los posibles errores y fallos, si los hubo.

Con este planteamiento, asistimos al relato de cuatro casos protagonizados por San McCready, «El Manipulador», que acreditan sus cualidades de inteligencia, valor, astucia y eficacia, aunque se perciba igualmente una tendencia clara al empleo de medios poco escrupulosos que justifica en función del logro de sus fines patrióticos. Cada uno de los casos narrados resultan muy diferentes no sólo en cuanto a su temática sino también en sus planteamientos y desenlace final, permitiendo así a Forsyth mostrar sus ya reconocidas dotes de narrador capaz de suspender repetidamente el ánimo y el interés del lector.

Genio improvisador

McCready se convierte en el anexo de unión personal y humana de los distintos episodios, ya que, en las más variadas situaciones, se observa su capacidad para improvisar respuestas rápidas e ingeniosas con las que salir airoso de los más peligrosos enredos. La prosa de Forsyth aparece esta vez más depurada que en otras ocasiones, con lo que facilita la lectura y mantiene el clima de intriga a lo largo del relato, que no llega a hacerse fatigoso en ningún momento. La historia del Manipulador a quien sus superiores pretenden finalmente manipular no puede considerarse dentro de una literatura comprometida de altos vuelos, sino como narración destinada a relajar la mente y revivir emociones que todos guardamos en nuestro interior.

Como único fallo a destacar, no imputable al autor, hay que lamentar la torpeza de la traducción, en la que se observan repetidas incorrecciones gramaticales y léxicas, fruto, o bien de falta de cuidado en el estilo o del desconocimiento de las normas y usos idiomáticos propios del español actual. ■

M. Pilar de Cejolla es licenciada en Filología Románica y asesora literaria.

LA MATERIA, LA VIDA Y DIOS

Por Alberto M. Arruti

Título: «Dieu et la science».

Autor: Jean Guittou.

Editorial: Grasset, París 1991, 197 pp.

Precio: 95 Ff.

El escritor Jean Guittou, miembro de la Academia Francesa, ha recogido una serie de conversaciones mantenidas con los científicos Igor y Grichka Bordanov. Guittou fue alumno de Bergson y es uno de los más eminentes filósofos de nuestro tiempo. Los hermanos Bordanov son doctores en Astrofísica y en Física teórica antiguos alumnos de Roland Barthes.

A lo largo de estas conversaciones aparece con toda claridad una idea que hoy empieza a tener cuerpo dentro del mundo científico, y es la posibilidad de establecer un diálogo entre la ciencia dura, como puede ser la Física o la Biología, y la Filosofía, e incluso la Teología. Algunos pensadores, con muchos años de antelación, habían intuido ya la posibilidad de este diálogo. Guittou escribe que, a lo largo de su vida, el problema que más le ha preocupado es el del sentido de su propia existencia y el de la muerte. Es el problema humano por antonomasia. Es el problema de la felicidad humana, que nadie puede soslayar. Y ante el mismo, sólo la religión y la ciencia pueden dar una respuesta. Pero, en el siglo pasado, y ante los ojos de la mayor parte de los espíritus lúcidos, la ciencia y la religión se oponían. La ciencia creaba dificultades a la religión con sus descubrimientos. La religión, por su parte, ponía una barrera a la ciencia, para que no se ocupase de la Causa Primera. Pero una serie de descubrimientos, una serie de teorías, han cambiado a lo largo del si-

glo XX este panorama. Ello ha sido obra, principalmente, de los físicos, los teóricos del mundo, «los que piensan lo real». Pues ahora es posible vislumbrar una alianza, «una convergencia todavía oscura entre los saberes físicos y el conocimiento teológico, entre la ciencia y el misterio supremo». Fue Bergson quien tuvo la intuición de que la teoría cuántica iba a introducir una serie de cambios conceptuales de los que él fue el primero en vislumbrar. Así lo hizo constar en su testamento, dirigido a cuatro filósofos: Gabriel Marcel, Jacques Maritain, Vladimir Jankelevitch y el propio Guittou.

La Mecánica cuántica enseña que para comprender lo real hay que renunciar a la noción tradicional de materia, o sea, a la materia tangible, concreta, sólida, determinada. El espacio y el tiempo se convierten en puras ilusiones. Una partícula puede ser localizada en dos lugares distintos al mismo tiempo. Y la realidad fundamental no es cognoscible. Estos conceptos son auténticamente revolucionarios para la ciencia del siglo pasado. Evidentemente, no existe una prueba —«Dios no está a las órdenes de la demostración», pero sí un punto de apoyo científico a las concepciones propuestas por la religión. Y es ahora cuando un verdadero diálogo entre Dios y la ciencia puede comenzar al fin.

Este libro lleva como título «hacia el metarrealismo», que es como su autor define la nueva postura. Postura en la que todo pasa como si la inmaterialidad, incluso de una trascendencia, llegase a ser uno de los objetos posibles de la Física. Como si los misterios de la Naturaleza procediesen, igualmente, de un acto de fe. ■

Alberto M. Arruti es físico y periodista.